

LOS CINCO ALPINISTAS

Cinco alpinistas amigos se propusieron conquistar un pico muy elevado y de gran dificultad. Desde el inicio de la ascensión se formaron una cordada de tal forma que si uno de ellos caía, los demás uniéndose fuerzas le podrían sujetar.

Todo fue bien hasta que uno de los cinco resbaló y cayó con fuerza hacia el vacío.

En su caída arrastró a su compañero más cercano que nada pudo hacer por detenerlo, y este a su vez arrastró al siguiente, hasta que los cinco amigos atados aún con la fuerte cuerda comenzaron un vertiginoso descenso hacia una muerte segura.

En el cielo San Pedro los estaba esperando, había contemplado interesado su arriesgado alpinismo y decidió hacerles una sola pregunta, la misma a todos y a solas, para decidir si les admitía o no en el cielo.

Llegó el primer alpinista y san Pedro le preguntó: He visto que has caído desde una gran altura, ya que estabais a punto de llegar a la cumbre. Dime y dime con sinceridad ya que de tu respuesta dependerá tu suerte ¿En qué pensabas mientras caías por el aire?

El primer alpinista contestó: En cuanto me desprendí de la roca me di cuenta de que era el fin, y todo lo que pensé fue en lo tonto que había sido por dejarme convencer para esta locura, que bien sabía iba a acabar mal; ahora tenía que pagar las consecuencias.

San Pedro le contestó: Lo siento pero no puedes entrar.

El segundo alpinista contestó: En cuanto caí comprendí que la situación era desesperada pero no perdí toda la esperanza y trate de encontrar algún saliente en que poder agarrarme y salvar mi vida y la de mis compañeros.

San Pedro reflexionó un momento y sentenció: Tampoco tú puedes entrar.

El tercero contestó: Yo no pensé en mí mismo, sino en mi mujer y mis hijos. Me dio gran pena pensar en mi muerte, pero más que por mí, por dejar a mi mujer viuda y a mis hijos huérfanos.

San Pedro le miró con cariño y comprensión y le dijo suavemente: Está bien, pero no puedes entrar.

El cuarto alpinista contestó: Desde el primer momento pensé en Dios y le encomendé mi alma, le pedí perdón por todos los pecados con arrepentimiento sincero y le pedí misericordia.

San Pedro se rasgó la cabeza pensativo y por fin dijo: En eso hiciste bien, pero fue un poco tarde. Tampoco tú entras, hijo mío.

El quinto contestó: Yo desde el primer momento vi que me quedaban solo unos instantes de vida. Abrí los ojos y me dediqué a contemplar la belleza del paisaje a vista de pájaro, a disfrutar con toda el alma de la sensación de volar por unos instantes.

San Pedro le puso la mano en el hombro y le dijo: Adelante, hijo mío. Este reino es para ti.

TAGS:

Belleza, desapego, bienestar, autenticidad, sinceridad, ecología